

**Discurso para la ceremonia de asunción de la Dirección de la Academia Chilena de la Lengua y de la Presidencia del Instituto de Chile.**

Don Luis Merino Montero,  
 Don Alfredo Matus Olivier,  
 Don Abraham Santibáñez, Secretario General del Instituto de Chile,  
 Presidentes y presidentas de las Academias que integran el Instituto de Chile,  
 Autoridades presentes,  
 Señoras y señores:

Hace ya muchos años, cuando me incorporé a la Academia Chilena de la Lengua, comencé mi discurso acordándome de una monja chilena. Su convento estaba a pocas cuadras de donde hoy está nuestro Instituto. Era el de las Clarisas de la Victoria y vivió tres siglos atrás. La monja no escribía por su voluntad; era "mandada a escribir" por su confesor, para mejor vigilarla y corregirla. Y ella escribió: *"Soñé que veía una puerta hermosísima de una iglesia en la cumbre de un serro o monte muy alto, y que había un gran jubileo. Yo, con el anhelo de ganarlo, fui a toda prisa a subir, más veí que sólo hombres subían: dije: 'esto no es para mujeres' (...) tomé aliento y subí."*

"Esto no es para mujeres." Este era el sentido común de esos tiempos, pero un sentido común que se perpetuó en muchas formas hasta el siglo pasado, en toda nuestra cultura occidental. Digo hasta el siglo pasado, porque en el siglo veinte las mujeres se transformaron en ciudadanas, consiguieron derecho a voto, se incorporaron masivamente al trabajo remunerado y más selectivamente a las profesiones y a las tareas científicas y artísticas. Hubo un cambio económico y social de inmenso alcance: el cambio cultural, que es el cambio más lento de todos, está produciéndose y, como dicen algunos, "hay que apurar la causa". Se trata de cambiar ese sentido común heredado y casi atávico.

El sentido común cambia con el tiempo y con la historia. Y se van corriendo las barreras de lo posible. Si no, ¿cómo podría estar aquí, frente a ustedes, aceptando estas responsabilidades que no habían estado nunca, ni en mi Academia ni en el Instituto, en manos de una mujer? Eso, antes, no habría sido concebible. Como no fue para el Instituto de Francia incorporar a Marie Curie, porque hacerlo, se dijo, contravenía tradiciones "intocables". Tampoco la Real Academia Española incorporó jamás a María Moliner, que estuvo a sus puertas cuando todavía no había mujeres en la institución. No le llegó al talón ni a una ni a la otra, advierto. Lo que ha cambiado no es una sola persona, es el "sentido común" de la época. No tiene que ver con un mérito personal, sino con aperturas, con inclusiones, con cambios en la conciencia colectiva.

Celebro, entonces, no sólo que haya mujeres académicas en el Instituto. Siguen siendo pocas, a mi ver, y hay omisiones notables. Celebro una circunstancia que se ha dado como "una generosa contribución del azar" y de la Providencia en este cambio trienal de autoridades: de las seis academias de nuestro Instituto, tres eligieron estar presididas por mujeres en los próximos tres años. Y a una de esas academias, la mía, la de la Lengua, le corresponde, por disposición legal, presidir el Instituto por el mismo período. Hay que decir que María Teresa Ruiz, quien acaba de finalizar el período de su presidencia en la

Academia de Ciencias, fue la primera mujer en la historia en presidir una de nuestras Academias, lo que fue un gesto simbólico, consciente y de enorme valor. El reconocimiento del mérito de cada mujer, grande como en su caso (Premio Nacional de Ciencias) y modesto en el mío, abre camino a otras. Tal vez por eso, a mis años, me estoy embarcando en esta aventura. Por las otras. Por las que debemos incorporar, por las que debemos incluir y seguir incluyendo, por el aire de apertura a la sociedad chilena tal cual es ahora, que viene entrando por las ventanas abiertas de esta casa.

El sueño que les acabo de contar era el de Sor Úrsula Suárez, en el Convento de las Clarisas de la Victoria. Era un sueño personal: en él le bastaba "tomar aliento" para subir. Ninguna mujer lo puede alcanzar, por mucho aliento que tome, si no hay tras ella muchas otras. Marguerite Yourcenar, primera mujer en incorporarse a la Academia Francesa, dijo sentirse "rodeada, acompañada por una tropa invisible de mujeres que tal vez deberían haber recibido este honor mucho antes; tanto, que me tentaría borrarle, para dejar pasar a sus sombras." Subrayo y suscribo esas palabras.

\*

Dicho esto, digo también que no estoy aquí por ser mujer, sino por ser académica, y por estar llamada a hacerme cargo. Y comienzo por agradecer las bases firmes que podrá tener mi labor en la Academia y en el Instituto, bases que pueden realmente afirmar una adecuada labor institucional en los tres próximos años.

Me han precedido en el uso de la palabra dos personas por las que siento admiración grande y genuina, don Alfredo Matus y don Luis Merino Montero. Me conmueve sobremanera esta ceremonia en que asumo - con el debido temor y temblor<sup>1</sup>, por su valor simbólico y cultural, y por el peso de sobreponerse a una tradición poderosa, atávica - las obligaciones que ambos han desempeñado en forma ejemplar, cada uno en su cargo. Quisiera referirme muy brevemente al legado de cada uno. Tal vez porque siento que son dos distintos terrenos firmes desde los cuales puedo pensar mi acción futura como Directora de la Academia Chilena de la Lengua y como Presidenta del Instituto de Chile.

Es lo que tienen las instituciones republicanas: permiten construir sobre bases sentadas y afirmadas por otros; permiten que las acciones, por temblorosas que se vean desde la fragilidad personal, vayan excediendo su propio valor y construyendo uno mayor, que persiste en el tiempo y abre caminos a otras personas en el futuro de un país. Ahora, nuestra institución está haciendo un gran gesto simbólico de inclusión, y desde María Teresa Ruiz en adelante las mujeres estamos llamadas a ir produciendo esa apertura sobre las bases más firmes que podamos.

Don Alfredo Matus Olivier ha sido el Director de la Academia Chilena de la Lengua durante los pasados veintitrés años, el período más largo en la historia de la institución<sup>2</sup>. Sólo Cronos, el devorador de nosotros sus hijos, logra apartarlo de este cargo, al que ha dedicado su vida, sus esfuerzos, su notable inteligencia, sus conocimientos lingüísticos sobresalientes, su elocuencia admirable. Esos rasgos han sido el rostro más visible de nuestra Academia en nuestra memoria y, pienso, en el concierto mundial de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Su nombre, junto al de José Luis Samaniego

Aldazábal, secretario y alma de la Academia durante los últimos treinta años, ha llegado a ser sinónimo en Chile de la política lingüística panhispánica que tan buenos frutos ha dado y tantos cambios ha producido. Es difícil exagerar la importancia de esa política.

Hace veinte años, para que se hagan ustedes una idea, nuestro diccionario era el de la RAE, y no dudábamos en reconocer la autoridad de "la docta corporación con asiento en Madrid" como la llamaba don Roberto Guerrero, mi primer profesor de Gramática en la Universidad Católica. Todavía la norma del español culto era, oficialmente, la del norte de España. Desde 1998, y gracias en gran medida al liderazgo hispanoamericano de don Alfredo Matus y a la intuición visionaria del entonces Director de la RAE, don Víctor García de la Concha, la situación cambió. Todos sabemos ya que nuestro diccionario no es "la RAE", sino el Diccionario de la Lengua Española, y que no recoge el español de España, sino el español del mundo, el de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), a la que pertenecen veintidós academias de todo el mundo.<sup>3</sup> La política lingüística panhispánica, hoy vigorosa e indiscutida, corresponde a una nueva conciencia: la enorme mayoría de los 577 millones de hispanohablantes está fuera de España, y sus usos lingüísticos son tan dignos de estudio y consideración como los españoles. Este reconocimiento histórico y político se debe en gran medida a la Academia Chilena de la Lengua, no sólo por la iniciativa de don Alfredo Matus en 1998, sino por los reconocidos y apreciados aportes que la Academia ha hecho durante los últimos veinte años a las publicaciones de ASALE. La brillante celebración de los 130 años de vida de nuestra Academia, en 2015, dio testimonio del aprecio de todas las academias por esta labor de la nuestra: junto al Director de la RAE, estuvieron con nosotros en Santiago y en nuestras actividades los directores de prácticamente todas las academias de la Asociación. Don Alfredo seguirá en estrecha relación con la ASALE, por cuanto esta le ha confiado la dirección del Diccionario fraseológico panhispánico, una labor de gran envergadura. La solidez en el trabajo lingüístico y su proyección internacional son una de las bases firmes para la acción futura de nuestra Academia, que aspira a logros igualmente destacados en relación con las letras y las comunicaciones en Chile.

A don Luis Merino Montero, cuya impresionante cuenta acabamos de oír, le debo agradecer toda su labor, y también algo valiosísimo que él no mencionó. Al trabajar muy estrechamente con él en la Directiva del Instituto en los últimos tres años, me dio el ejemplo de un estilo de liderazgo, y me hizo patente la fuerza que tiene trabajar con una decidida vocación de futuro. Lo hace como si nada, y haciéndonos a todos partícipes, a muchos académicos y todos nuestros funcionarios. "El trabajo bien hecho, sin bombos ni platillos, sin aspavientos, hace decir a la gente: "mira lo que hicimos."<sup>4</sup> Es como si todo se hubiera hecho a sí mismo, como si hubiera seguido un cauce natural. Estuve tras ese trabajo, colaborando cada semana con él y con don Abraham Santibáñez, Secretario General, durante su mandato, y fui testigo de que si todo "fue saliendo" tan bien, si "se hicieron" cosas tan fundamentales para el futuro del Instituto, fue por un trabajo tesonero, "sin prisa pero sin pausa", sin búsqueda de lucimiento personal, con el Instituto entre ceja y ceja, con el único norte del Instituto y del país, y con una visión de futuro que iba estructurando todo lo que "se" hacía. Creo que esta visión ha quedado muy clara en su cuenta de hoy, y él ha querido presentarla no sólo como algo propio de su estilo personal, sino como la realización práctica de las aspiraciones manifestadas por el propio Instituto en la celebración de sus cincuenta años, tal como se expresaron en esa ocasión: favorecer una

colaboración cada vez mayor entre las Academias, basada en la total autonomía de cada una; vincularse con el mundo político, en todo lo que este tiene de esfuerzo de Estado, y vincularse cada vez más con la comunidad. Suscribo de toda corazón esas aspiraciones, y destaco como él el certero diagnóstico del entonces Presidente del Instituto, doctor Rodolfo Armas.

Mi colaboración con la Presidencia de don Luis Merino Montero fue estrecha; fui su Tesorera, es decir, quien trabaja en las trastiendas, responsable de la administración de nuestros precarios fondos. Y con palabras salidas desde ese ángulo más bien pragmático y utilitario afirmo lo siguiente: el Instituto de Chile y sus seis Academias tienen un presupuesto mínimo y un capital humano máximo. Eso es tal vez lo que me entusiasma y me motiva a estar aquí, en lo que probablemente sea mi última aventura en el campo académico.

Dónde si no habría podido el Presidente, que es afamado musicólogo, tratar a no menos afamados astrónomos, científicos, filólogos, médicos, sociólogos, periodistas de nota, abogados, escritores, economistas, historiadores, lingüistas, de "colegas", como lo hacía en el Consejo de nuestro Instituto; dónde si no crear sorpresivas simpatías, o matizadas diferencias, entre disciplinas que no suelen tocarse, como se ha hecho en los ciclos de conferencias; dónde si no abordar, sin afanes de competencia electoral ni menos de lucro, y con personas destacadísimas, temas de interés nacional como son el de las migraciones o el de las modificaciones que las tecnologías producen en la práctica de las diversas disciplinas presentes en nuestras academias. O los otros temas que se avizoran en el futuro y que el Presidente ha señalado. Dónde si no se reúnen, para trabajar ad honorem por la república de Chile, muchas de las mejores mentes que ha producido nuestro país, de todos los orígenes y de varias escuelas, un abanico de diversidades que continuamente hay que ampliar para enriquecernos. A esto me refiero cuando digo lo de capital humano máximo. Y es un capital de nuestra república, es un capital republicano.

\*

Me acerco "con temor y temblor", pero no con menos decisión y esperanza, a las tareas pendientes en el trienio 2019-2021. El espíritu que me anima viene de dos voluntades que no se contradicen: la de la consolidación de lo logrado y la de una fuerte apertura al medio externo y al futuro.

La primera voluntad es la consolidación de las instituciones, el Instituto y las Academias. De los vínculos que se han creado entre ellas, no sólo legales y administrativos sino sobre todo intelectuales y de descubrimiento recíproco, de sinergias en las acciones. Viene de recoger las experiencias y el consejo de quienes me han precedido, y de los excelentes resultados que ha ido dando hasta ahora, sin prisa pero sin pausa, la apertura de nuevos terrenos de colaboración y comunicación entre las Academias.

La segunda, en la que también empleo la palabra apertura, es la de continuar un movimiento ya iniciado hacia el medio externo y a las exigencias del futuro. Siento entre nosotros un afán de vincularnos cada vez más con la ciudadanía, con la opinión pública, con la vida política y cultural del país. Una institución republicana ha de estar al servicio

de la sociedad, y debe tener una visión clara de los muchos cambios, diversidades y pluralidades que hoy están presentes en la sociedad chilena. Debe detectar, más allá de las modas pasajeras, los temas que antes no se habían abordado entre nosotros. Desde los saberes que aquí se encuentran y se comunican, ha de servir de vigía y otear el horizonte.

Y esta misma casa, símbolo de nuestra institución, está abierta ahora, el mes entero, como señaló el Presidente Merino: con exposiciones en nuestro vecino el MAC, con conciertos y cine casi cada tarde aquí, y, en los escasos espacios que aún quedaban libres, con lecturas de jóvenes narradores, con presentaciones de libros de los pensadores más calificados para incorporarse al debate intelectual del país, con la última y (anticipamos) brillante conferencia sobre migraciones y el español de los sefardíes, que estará a cargo de nuestra académica María Eugenia Góngora, junto al Presidente Merino y al Vicepresidente Matus, el 22 de este mes. La Academia de Bellas Artes y la de la Lengua comienzan su nuevo período demostrando sus ímpetus de apertura y de extensión. Queremos ventanas y puertas abiertas. Queremos consolidar iniciativas ya existentes de apertura al público, como fueron "los miércoles en la Academia", iniciativa de Ciencias, o "Poesía chilena viva", y hacer muchos gestos como esos. Ni el Instituto ni la Academia tienen grandes recursos financieros: sí tienen una casa digna, sí tienen una digna convocatoria. He sido testigo, al inventar Poesía chilena viva, de cómo llegan acá intelectuales y creadores de nota que jamás habían pisado nuestra casa, y se interesan, y se admiran, y quieren darse a conocer más desde aquí, en diálogo con algunos de nuestros académicos. Es saludable para ambos, para quienes llegan y para quienes los reciben, y al recibirlos deben ponerse permanentemente al día de cuanto está naciendo y desarrollándose culturalmente fuera de los muros de nuestra casa.

Esta apertura ha de reflejarse en nuevas plataformas técnicas y en nuevos vínculos. El tamaño de este salón, en una calle pequeña del centro de Santiago, no da la medida del alcance de las actividades del Instituto y de las Academias. En ese sentido, el Presidente Merino no sólo nos deja un estilo de trabajo abierto, integrador, que habilita y promueve el desarrollo de cada persona vinculada al Instituto: nos deja además sentadas las bases de una nueva forma de comunicación tecnológica, por la vía de páginas web renovadas e interactivas. Esto comienza, de este año en adelante. Lo veo como una política de vinculación y extensión sobre nuevas bases, que nos darán la posibilidad de llegar a todos los rincones del país y a muchos lugares del mundo. Asistiremos con asombro a las muchísimas posibilidades que esto nos abre como institución, y que en este trienio comenzarán a explorarse.

Estos mismos adelantos nos abren nuevas vías de colaboración con las instituciones republicanas. Hemos tenido conversaciones muy alentadoras con altas autoridades públicas, y esperamos que ellas rindan frutos en los años por venir, dando a los académicos la posibilidad de contribuir, tanto en forma presencial como por vía tecnológica, a la educación pública, a la ciencia y a las actividades culturales del país. Nuestra disposición existe, y por lo que hemos visto, también en las autoridades, al más alto nivel en mucho tiempo: por eso hablaba de la esperanza.

Ponemos también nuestra esperanza en potenciar los vínculos que siempre hemos tenido con las universidades, con las asociaciones de académicos, con las organizaciones de

la sociedad civil, y con la alentadora presencia de las organizaciones que favorecen el avance de las mujeres y la igualdad entre géneros.

Señoras, señores:

No quisiera extenderme más en este discurso. Sin embargo, hay algo que digo a todos los académicos y funcionarios del Instituto de Chile, desde el fondo del corazón. Como Presidenta, siento tener fuerza, esperanza, algunas claridades, y un enorme afán de servicio. No mucho más, siempre he tendido a dudar de mi mérito personal. Cualquier logro de esta gestión dependerá de la suma de fuerzas que ustedes pongan a disposición del Instituto y del país. Que cada Academia, y que cada uno de los académicos, esté orgulloso de quién es y de lo que ha logrado es una gran cosa para el Instituto; que cada uno "limpie, fije y dé esplendor" a su propio nombre, como rezaba antes el lema de la Academia Chilena de la Lengua, es un activo para nosotros. Como dijo el nuevo ministro de Ciencia, Andrés Couve, en una entrevista el domingo pasado: "una buena institucionalidad puede hacer que los egos se transformen en motores sinérgicos en pos de un fin común"; o, como dice el nuevo lema de la Academia Chilena de la Lengua, "unir por la palabra", una buena institucionalidad puede unirnos por el conocimiento y por su transmisión, reconocernos y reforzarnos en tareas comunes.

Este Instituto, que pudo en algún momento haber sido visto como una torre de marfil, en el que sus miembros gozan de un espléndido aislamiento, es y debe ser otra cosa en nuestros tiempos. Imaginémoslo como una torre que irradia. Trabajemos para que lo sea.

Termino con agradecimientos. Son muchas las circunstancias favorables que me han impulsado hacia el lugar que hoy ocupo, muchas las personas que me han ayudado. He nombrado ya al Presidente Merino, al Vicepresidente Matus; déjenme agradecer muy particularmente también a don Abraham Santibáñez, quien permanecerá en la Directiva que se inicia, ante mis muchos y reiterados ruegos. Su apoyo será fundamental para mantener el espíritu de la Directiva a la que ambos pertenecemos en los últimos años. Agradezco a quienes, con sacrificio personal, hicieron posible mi candidatura. Doy las gracias a los funcionarios del Instituto, a quienes he aprendido a conocer y estimar más aún en este tiempo. Por último, quisiera nombrar también en este momento al académico y Premio Nacional Alfonso Calderón, y al académico Felipe Alliende, que hicieron posible mi incorporación a la Academia de la Lengua. Y a la querida poeta y académica Delia Domínguez: por una ocurrencia suya hace seis años, se inició en la Academia Chilena de la Lengua la presencia de una mujer en cargos directivos.

Muchas gracias.

---

<sup>1</sup> Título de la obra célebre de Sören Kierkegaard.

<sup>2</sup> Después de José Victorino Lastarria (1885-1889), Crescente Errázuriz (1914-1931) y Miguel Luis Amunátegui Reyes (1931-1949), la Academia ha sido dirigida por Alejandro Silva de la Fuente (1949-1952), Ricardo Dávila Silva (1952-1959), Rodolfo Oroz Scheibe (1959- 1980, y luego Presidente Honorario hasta su muerte), Alejandro Garretón Silva (quien no alcanzó a ejercer el cargo, pese a haber sido elegido poco antes de su fallecimiento en 1980), Roque Esteban Scarpa (1980- 1995) y Alfredo Matus Olivier (1995-2018).

<sup>3</sup> Las publicaciones panhispánicas, que llevan el sello de la ASALE, son el testimonio más vivo del éxito de esta política y de sus valiosos frutos. Entre ellas cabe mencionar el *Diccionario de la lengua española (DLE)*, el *Diccionario de americanismos (DA)*, el *Diccionario panhispánico de dudas (DPD)*, el *Diccionario del estudiante*, el *Diccionario práctico del estudiante*, la *Nueva gramática de la lengua española (NGLE)*, la *Nueva gramática básica de la lengua española*, la *Ortografía de la lengua española (OLE)*, la *Ortografía básica de la lengua española*, la *Ortografía escolar de la lengua española* y *El buen uso del español*, entre otras. Estas obras son fruto de la colaboración de las veintidós academias de la lengua española.

<sup>4</sup> Lao Tzu, *Tao Te Ching, A book about the way ad the power of the way*, a new English version by Ursula K. Le Guin with J.P. Seaton, Boulder, Colorado, Shambhala, 1998, p.24.